

## Estudios sobre emociones revividas en Margaret Floy Washburn (1871-1939)\*

*José T. Boyano y Juan A. Mora Mérida\*\**

Universidad de Málaga

### Resumen

En las primeras décadas del siglo xx, la naciente Psicología experimental norteamericana produjo numerosos estudios sobre la proporción de recuerdos agradables y desagradables en la memoria. En este contexto, analizaremos las investigaciones sobre emoción y memoria realizadas por Margaret F. Washburn (1871-1939). Washburn destacó algunas cuestiones que están en la base de la investigación actual sobre emoción y memoria: a) la función adaptativa de las emociones, b) cómo afectan las diferencias individuales de temperamento al procesamiento emocional, c) la alta accesibilidad de los recuerdos positivos y d) la relación entre memoria y regulación emocional. Finalmente, se discuten posibles motivos por los que tales investigaciones no pudieron ser integradas en un marco teórico más global y cohesivo, aunque contribuyeron a completar la teoría motora de la conciencia.

*Palabras clave:* Memoria, emoción, conciencia, Washburn, Baldwin, Historia.

### Abstract

In the first decades of the twentieth century, the nascent American experimental psychology produced numerous studies on the proportion of pleasant and unpleasant memories in memory. In this context, we analyze the emotion and memory research conducted by Margaret F. Washburn (1871-1939). Washburn highlighted some issues that are at the basis of current research on emotion and memory: a) the adaptive function of emotions, b) how the individual differences in temperament affects emotional processing, c) high accessibility of positive memories and d) the relationship between memory and emotional regulation. Finally, we discuss possible reasons for such investigations could not be integrated into a comprehensive and cohesive theoretical framework, but did contribute to complete the motor theory of consciousness.

*Keywords:* Memory, Emotion, Consciousness, Washburn, Baldwin, History.

\* El presente artículo es una versión ampliada y revisada de una comunicación presentada en el XXVI *Symposium* de la SEHP. Valencia, mayo de 2013.

\*\* Correspondencia: Departamento de Psicología Básica. Facultad de Psicología. Universidad de Málaga. T: 639 91 88 79. Mail: <jose\_boyano@uma.es>.

## INTRODUCCIÓN: ¿OLVIDAMOS LO DESAGRADABLE?

A finales del siglo xx hemos asistido a una recuperación de la perspectiva ecológica en el campo de la memoria. Este campo de estudio se ha preocupado por la forma en que las personas utilizan la memoria en su vida cotidiana. Se considera que los procesos dinámicos de la memoria reconstructiva sirven a algunas funciones básicas, como contribuir a la construcción de una autoimagen positiva, mejorar la comunicación y guiar la conducta. Por su participación en estas funciones, en la investigación reciente (Schacter, 2012; Skowronski, 2011) se ha considerado muy relevante un mecanismo psicológico, denominado efecto de *positividad*. Este efecto se caracteriza por el predominio de recuerdos positivos y supone un indicio sobre el papel que la memoria autobiográfica juega en la regulación del estado de ánimo (Skowronski, 2011).

En las dos primeras décadas del siglo xx, la naciente Psicología norteamericana asistió a una controversia sobre la naturaleza de este fenómeno. De forma temprana, en su artículo *The oblivescence of the disagreeable*, Hollingworth (1910) plantea que los individuos tienden a ampliar y enriquecer las experiencias placenteras, mientras olvidan las desagradables. Se muestra ecléctico a la hora de buscar explicaciones teóricas. Desde una perspectiva evolutiva, supone que las respuestas erróneas de los animales son castigadas; por consiguiente, estas vías nerviosas serían inhibidas. Se apoya en Freud y en sus ideas sobre la psicopatología de la vida cotidiana para confirmar la propensión a suprimir asociaciones negativas. Jones (1915) intervendría en la discusión, confirmando que la dificultad para recordar lo desagradable era atribuible al mecanismo de la represión, que produce por tanto el olvido.

Henderson (1911) publica una réplica, en su artículo *Do we forget the disagreeable?*, donde cuestiona la hipótesis del olvido o la eliminación de experiencias desagradables. En un experimento pionero muestra que las experiencias negativas no desaparecen, aunque se trate de contenidos menos frecuentes en la memoria. Henderson realiza una distinción clave. Aunque una experiencia pudo ser originalmente desagradable, el recuerdo de fallos y errores del pasado puede ser positivo, pues permite evitar consecuencias negativas. El recuerdo de lo desagradable sería necesario para el aprendizaje y el pensamiento reflexivo, por lo que tendría una gran utilidad adaptativa. Por ello considera más ajustada la hipótesis de que el olvido afecta a experiencias inútiles. Diversos mecanismos ayudan a las personas a integrar de forma adecuada lo negativo, para minimizar el *discomfort*. La gente puede, por ejemplo, realizar un esfuerzo cognitivo para modificar la interpretación de una experiencia pasada.

Esta controversia, inicialmente teórica, desencadenó un gran caudal de estudios, cuyo objetivo general era determinar de forma experimental el alcance y la naturaleza del fenómeno y constatar cuantitativamente el predominio de los recuerdos placenteros. En este contexto, analizaremos las investigaciones realizadas por Margaret Floy Washburn

(1871-1939) sobre emociones revividas, recuperadas o reactivadas. A partir de los años 40 del siglo xx el número de trabajos en este campo se reduce de forma drástica en la bibliografía. Estos estudios habían tratado de contrastar la hipótesis freudiana de la represión, que tendería a producir grandes lagunas mnésicas en el plano afectivo negativo. En la década de los 30, ya se había confirmado sobradamente la presencia de recuerdos tempranos negativos, apoyando las hipótesis de Henderson (1911). En esta línea, Cason (1932) adujo que el psicoanálisis no siempre tiene en cuenta que las categorías de represión o supresión no son sinónimo de olvido. Tales resultados, junto al progresivo arrinconamiento de las categorías freudianas en el panorama académico y el auge del conductismo en Estados Unidos, suponían que una de las motivaciones iniciales para esta línea de experimentación había perdido sentido.

En el curso de tales investigaciones, como veremos, habían aparecido gran cantidad de datos experimentales sobre la forma en que las personas recuerdan distintas emociones y hechos, y cómo utilizan estos recuerdos en función de su temperamento o sus necesidades. Sin embargo, tales datos no fueron organizados en una teoría completa sobre la memoria de la experiencia emocional. En este orden de cosas, propondremos una interpretación sobre el desvanecimiento y la relativa disgregación de estos materiales científicos, que pasaron a resultar transparentes, livianos chispazos, congelados en la corriente bibliográfica. Daremos una interpretación historiográfica de esta transparencia, suponiendo –parafraseando a Cohen y Blanco (2012)– que algunas explicaciones de tipo psicológico se consideraron verdaderas, naturales y ajustadas a nuestra naturaleza, mientras otras explicaciones incipientes iniciaban un proceso de evaporación, de forma que ni siquiera llegaron a materializarse. Las categorías psicológicas en las que tales datos podrían anidarse sencillamente no fueron creadas, terminadas o consideradas socialmente relevantes para el relato científico e historiográfico.

## EL CONTEXTO TEÓRICO: EL PROBLEMA DE LA MEMORIA AFECTIVA

Junto al problema planteado anteriormente, centrado en si la tonalidad afectiva favorecía el recuerdo de actividades, experiencias o contenidos cognitivos, una segunda cuestión era objeto de controversia en la psicología europea: ¿podían almacenarse y reproducirse los estados emocionales? En Francia, Ribot (1894, 1897, 1907) había elaborado un planteamiento teórico sobre la memoria afectiva, que fue desarrollando a lo largo del tiempo. Frente a la visión ortodoxa, que establecía que los estados afectivos eran reinstaurados de forma indirecta, subordinados a imágenes o presentaciones cognitivas dominantes, propuso que en ocasiones se produce un restablecimiento directo de los contenidos afectivos. Se apoyaba inicialmente en un estudio, en el que interrogaba a más de sesenta adultos. Aunque la mayoría de los casos recordaban circunstancias y representaciones cognitivas asociadas a la emoción, en determinados casos –de carácter

minoritario— podía detectarse la recuperación completa de un recuerdo emocional, en el que el componente cognitivo desaparecía con rapidez. La visión de Ribot implicaba que los estados afectivos están asociados a otros contenidos de forma indisoluble, a sensaciones, representaciones o actos, formando un sistema complejo, en el que emoción e intelecto se apoyan mutuamente.

La implicación de tales ideas para la construcción de la identidad personal o el surgimiento de una vida interior, ligada a elementos estéticos, fue desarrollada por Delacroix (1902, 1931). La memoria, para Delacroix, supone la persistencia de la experiencia completa como tal; pero va más allá, y afirma que supone encontrar un lugar para esta experiencia, situar el recuerdo en el espacio del pasado personal, construir una memoria del Yo. Además, Delacroix (1902) investiga el vínculo entre la emoción, las formas artísticas y la génesis del universo simbólico (véase Pizarroso y Fruteau, 2004). Para Delacroix, la idea estética aparece en la conciencia como el término de la larga evolución de un estado afectivo.

Detectamos en Ribot una posición interactiva en cuanto a las relaciones entre emoción y cognición. La recepción en la psicología americana del problema planteado fue muy diversa. Titchener (1895) negó de inmediato que fuera posible atender a un estado emocional como tal. Por el contrario, Baldwin (1909) partió de la elaboración de Ribot para proponer una explicación sobre los mecanismos subyacentes que vinculan lo emocional y lo cognitivo. Para Baldwin (1909), de acuerdo con Ribot, las emociones pueden ser revividas de forma afectiva o cognitiva, es decir, de forma directa o indirecta; los estados afectivos —análogamente a los procesos cognitivos— pueden aprenderse, retenerse y recuperarse. Siguiendo esta lógica, las emociones son susceptibles de procesos de concepción, generalización y abstracción (Baldwin, 1906). La clave, el nudo gordiano, según Baldwin, reside en los elementos motores asociados a los elementos afectivos. La emoción será concebida como una corriente de sensaciones orgánicas y cinestésicas. Esta corriente organizada funciona aglutinando los elementos motores en un todo, coadyuvando a la formación de una disposición afectivo-conativa.

En conjunto, la visión de Baldwin entronca con la descripción *jamesiana* de los procesos, teñida de carácter holístico en sus inmersiones introspectivas. No obstante, en la cuestión de la memoria afectiva, aparecen diferencias específicas respecto a la concepción dualista de James (1890), más partidario de una discontinuidad entre emoción y cognición. Para James, podemos recordar que sentimos un afecto, pero no revivir enteramente este dolor:

*The revivability in memory of the emotions, like that of all the feelings of the lower senses, is very small. We can remember that we underwent grief or rapture, but not just how the grief or rapture felt. This difficult ideal revivability is, however, more than compensated in the case of the emotions by a very easy actual reviv-*

ability. That is, we can produce, not remembrances of the old grief or rapture, but new griefs and raptures, by summoning up a lively thought of their exciting cause (James, 1890, p.474).

La lógica de la corriente de conciencia llevaría a James a afirmar que las experiencias –ya sean inconscientes o conscientes, fisiológicas o psicológicas– no son las mismas en cada ocasión en que se reavivan, por tanto no son reproducidas exactamente. Con menos matices, de forma más explícita, Baldwin se separa del análisis propuesto por Titchener (1895). A pesar de este distanciamiento, Baldwin –persistiendo en su papel de firme defensor de la metodología experimental– buscaba en los substratos motores un correlato fisiológico objetivo, que guiara la futura investigación.

Es significativo que, en sus notas autobiográficas, Baldwin (1930, p.18) afirmase respecto a sus estudios sobre la *lógica afectiva*: «There is a real development in this, a very complicated genetic movement, which presents one of the great problems of the future for psychologist and logician». Baldwin sostenía que las cuestiones relativas a la lógica que regía las emociones permanecían abiertas, aunque sus premisas teóricas estaban bien asentadas en datos clínicos. De tales fundamentos, podrían derivarse explicaciones convincentes sobre el surgimiento de la emoción estética, los intereses o los valores. No obstante, este ámbito sería agitado por fuertes tensiones. Como hemos apuntado, la visión instrumentalista del pensamiento, típica de Baldwin, concordaba con las posturas pragmatistas, pero, a pesar de su gran contenido teórico, exigía un anclaje experimental. Así, Baldwin se sumergió en una crítica a las limitaciones del pragmatismo relacionadas con el subjetivismo y el relativismo (véase Loredó y Sánchez, 2004, para un análisis), en el marco más amplio de la desigual recepción del pragmatismo en Europa (véase Pizarroso y Cabanas, 2012). En este contexto, las reflexiones de Baldwin serían un caldo de cultivo que permitiría crecer las ideas y experimentos de Washburn; o los experimentos seguidos por las ideas, pues este orden refleja también la secuencia lógica interna de su proceso reflexivo, que se desenvolvía en un continuo bucle *hipótesis-experimentación-hipótesis*.

Además de compartir el mismo entorno, un destino en cierto modo paralelo vincularía a Baldwin y Washburn. Baldwin ha sido juzgado como un clásico perdido (Wozniak, 2004), un estudio de caso desde el cual analizar por qué se pierden grandes científicos y obras significativas. Wozniak (2004) aduce que Baldwin cumple todos los requisitos para ser olvidado por (a) motivos relacionales y (b) factores sociohistóricos. En el ámbito social, Baldwin carecía de discípulos relevantes y sus frecuentes controversias le acarrearón críticas –su brillante estilo fue calificado de poco claro y tendente a neologismos–. Científicos como Mead, que pueden estimarse deudores, apenas le dieron crédito. Un escándalo personal le alejó del mundo científico norteamericano –dejó de ser citado fulminantemente–, y fue acogido en Francia. En el caso de Was-

hburn, sus estrategias personales para la integración en el medio académico pueden considerarse opuestas, pues optó por un camino no beligerante, dada su habilidad para la conciliación y las relaciones sociales, su trabajo constante y su fuerte autoestima (véase García-Dauder, 2005). Si bien la caída de Baldwin puede verse como una brusca desaparición, el desvanecimiento de la contribución de Washburn ha sido progresivo. Más adelante, analizaremos los posibles motivos de este eclipse parcial.

### PERFIL BIOGRÁFICO E INTELECTUAL DE WASHBURN

Apoyada por una familia de clase media acomodada, Margaret Floy Washburn (1871-1939) se graduó en el *Vassar College* en 1891 y se dirigió a Columbia, donde Cattell, recién llegado de Leipzig, había establecido un laboratorio de psicología. En Columbia una mujer sólo podía aspirar a ser oyente, de modo que Washburn tuvo que realizar una entrevista para ser aceptada. Sus conocimientos sobre los métodos psicológicos causaron una buena impresión en Cattell, que la tratará a partir de este momento como si fuera una estudiante regular, asignándole tareas de investigación. Por consejo de Cattell, se trasladó a Cornell en el otoño de 1892, a la *Sage School of Philosophy*, donde un joven Titchener, con 25 años, iniciaba su carrera académica, tras estancias en Oxford y Leipzig. Bajo la mentoría de Titchener, fue la primera mujer en EEUU en obtener un doctorado, en 1894. Ese mismo año Mary Whiton Calkins había logrado superar exámenes y pruebas del doctorado, pero la Universidad de Harvard se negó a conceder el título.

En sus inicios, Washburn aceptaba las ideas estructuralistas de Titchener, guiada por tempranas influencias de la química. Con el tiempo, las descripciones cada vez más analíticas de los estados de conciencia de Titchener llevaron a Washburn a un alejamiento. Washburn se sentía más atraída por las descripciones holísticas de James (1890), y leyó con atención la teoría del conocimiento de Münsterberg. Sobre todo está de acuerdo con Münsterberg en restringir la causalidad a los eventos físicos y considerar los procesos psíquicos como epifenómenos. Esta postura refleja su compromiso con una psicología experimental rigurosa, firmemente apoyada en datos observables y medibles, lo que la llevaría a buscar correlatos fisiológicos de los procesos mentales superiores (memoria, conciencia, atención...). Sus diferencias con el estructuralismo la llevaron a aproximarse a posturas funcionalistas.

En 1903, después de trabajos en Cornell y Cincinnati, volvió al *Vassar* como profesora. En *Vassar* va a desarrollar su prolífica carrera científica. A partir de su trabajo experimental con animales, recopila una gran cantidad de información sobre cognición animal y publica *The animal mind: A textbook of comparative psychology* (1908), su obra más conocida, que desde el principio se constituyó como una declaración de principios –desde el mismo título–, y como una referencia fundamental en

el campo de la psicología comparada (véase Scarborough y Furumoto, 1987). Hablar de «mente animal», para Washburn, era lógico en tanto refería la mente humana y la conciencia a un substrato fisiológico muy definido –la excitación incipiente e inhibición de vías motoras–. Si estos substratos y estructuras neurofisiológicas –vías sensoriales y motoras– podían encontrarse en forma similar en animales superiores, debía inferirse la existencia de una mente animal, incluso la posibilidad de conciencia en animales, si bien existían grandes dificultades para explorar la forma que podría adoptar. En esta obra había recopilado gran parte de la literatura científica, y Washburn continuó actualizándola en sucesivas ediciones, mostrándose firme en la necesidad de investigar fenómenos mentales, tales como sentimientos y sensaciones sobre color o tonos. Mientras se producía el crecimiento y asentamiento, entre 1920 y 1930, del paradigma conductista, sus posiciones epistemológicas le permitían estudiar tanto el comportamiento como la conciencia. A pesar de esto, su obra sobre la mente animal fue reconocida por su rigurosa revisión y su finura crítica (Scarborough, 1990). En su historia de la psicología experimental, Boring (1929) reconoció el papel importante de Washburn en el establecimiento de la «psicología animal».

Paralelamente, basándose en ideas y métodos de la Escuela de Würzburg, Washburn desarrolló una teoría motora de la conciencia. Frente a la tendencia reduccionista del estructuralismo, desde Würzburg se planteaba el problema de la actitud hacia la acción: como resultado de procesos asociativos, la actitud corporal produciría determinados efectos de persistencia, relacionados con movimientos orgánicos. Washburn fue esbozando paulatinamente sus ideas. Pensaba que la capacidad de hacer discriminaciones sensoriales y la capacidad de almacenar ideas en la memoria dependían de la posibilidad de retrasar la reacción motora. Una versión completa de su teoría fue presentada en *Movement and Mental Imagery* (Washburn, 1916). Washburn propuso que si una respuesta motora se inicia a partir de una estimulación sensorial, puede ocurrir que a la vez esta respuesta motora incipiente sea inhibida y retrasada por excitaciones antagónicas. En este tipo de situación, las vías sensoriales son activadas por los centros motores y se generan imágenes mentales, que se producen, pues, como consecuencia de movimientos inhibidos y van acompañados de una sensación consciente. Washburn parte del supuesto de que la conciencia no es una forma de movimiento, pero tiene como base ciertos procesos motores indispensables. Para Washburn sólo podemos explicar los procesos conscientes estudiando las leyes que rigen estos fenómenos motores subyacentes. Sus ideas fueron bien recibidas en el entorno del *British Journal of Psychology*, por parte de Pear (1922); y en Estados Unidos por parte de Hollingworth, según refiere la propia Washburn (1932). Curiosamente, fue la esposa de Hollingworth, Leta, la que transmitió personalmente los elogios de su marido a Margaret Washburn.

En el simposio de Wittenberg, Washburn (1928) amplió su teoría motora para explicar las relaciones entre emoción y cognición. Este sería uno de los puntos cul-

minantes de su carrera. Allí, en octubre de 1927, finalizado el simposio, se fotografía entre el Dr. Cattell y el Dr. Cannon, entre su primer maestro y uno de los más influyentes investigadores de la emoción. En la primavera del año siguiente, Washburn sufre síntomas de fatiga y realiza el primer viaje al extranjero desde su juventud, un crucero por el Mediterráneo, con una escala en Londres. En los años posteriores, hasta 1939, continuaría la investigación experimental sobre sus temas focales, los procesos psicológicos superiores, si bien se preocupó cada vez más por su labor docente, por los estudiantes y sus habilidades académicas. Su pasión experimental se conciliaba con una apasionada actitud vital. Desde su amor por los animales, que había investigado a lo largo de una gran cantidad de especies, hasta su amor y estímulo a sus estudiantes, ella decía que podía amar cualquier cosa viva. Todavía hoy, el *Vassar* mantiene un fondo de becas a nombre de Margaret F. Washburn.

#### LOS EXPERIMENTOS EN EL LABORATORIO DEL *VASSAR COLLEGE*

Según Woodworth (1948), Washburn era una experimentalista de corazón que extraía una gran satisfacción de sus experimentos en el laboratorio, que irían apareciendo en el *American Journal of Psychology*. Frente a sus obras mayores, para estos trabajos Washburn reservaba la modesta valoración de «pequeños estudios»:

During the next five years I attempted, with the aid of my students, various small studies in the difficult field of emotions; also, with the help of a grant from the American Association for the Advancement of Science, a questionnaire study on sources of pleasure, anger, and fear in groups of Italian and Russian Jewish women in New York and Chicago (Washburn, 1932, p. 352).

A pesar de ocupar este espacio aparentemente menor, Washburn considera en su autobiografía que sus éxitos experimentales, su contacto continuado con el laboratorio y sus colaboradoras, le habían reportado una satisfacción duradera durante su carrera:

The results of experimental work, if it is successful at all, bring more lasting satisfaction than the development of theories. Some of the small studies from the Vassar laboratory which have covered a period of twenty-five years do give me a measure of such satisfaction... (Washburn, 1932, p. 354).

Tras esta declaración, Washburn enumera las líneas de investigación que le han proporcionado tanta gratificación, y cita en último lugar el estudio de «...revived emotions» (es decir, reactivadas, reavivadas o revividas), después de presentar otra serie de resultados en forma aislada. Así, se enorgullece de estudios en los que muestra que



los movimientos de la mano izquierda se recuerdan mejor que los de la derecha, o que la tendencia a sentir el agrado o desagrado se da con mayor intensidad en poetas que en científicos. En el trabajo de Woodworth (1948) sobre Washburn, los experimentos sobre la memoria de experiencias emocionales sólo ocupan un pequeño párrafo, que inicia con la afirmación de que «...fueron de especial interés para sus estudiantes» (p. 279). Sólo algunas voces, como la de Martin (1940), registran el estudio del campo emocional como una prioridad en el programa inicial de Washburn:

Su artículo en el Stanley Hall *Festschrift*, en 1903, anunciaba cuatro áreas de interés en los que iba a hacer importantes contribuciones a la psicología, los problemas de conciencia social, los problemas de las emociones revividas, la reacciones de movimiento en el desarrollo de la vida mental y el campo de la psicología animal. Es imposible etiquetarlas primera, segunda, tercera y cuarta, porque están tan íntimamente entrelazadas... (Martin, 1940, pp.7-8).

Martin (1940) es una de las escasas autoras de su época que se refirieron a la importancia de los estudios sobre emociones y la profunda conexión con sus teorías. Para Martin, la capacidad de teorizar de Washburn era tan original y fructífera que muchas ideas interesantes, en estado embrionario, se encuentran ocultas en artículos cortos en revistas científicas y filosóficas.

## LAS EMOCIONES REACTIVADAS: REVIVIENDO LA EXPERIENCIA

Bajo la dirección de Külpe, Gordon (1905) había realizado un experimento de memoria visual, con el objetivo de comprobar el efecto del tono afectivo. Los sujetos veían una serie de figuras y se registraba la valoración del agrado/desagrado y la exactitud del recuerdo. Las dificultades para medir tales variables llevaron a resultados poco concluyentes. A pesar de esto, Gordon sugería que existía cierto *optimismo de la memoria*, una leve tendencia a recordar de forma positiva las figuras. Frente este intento balbuceante, Washburn encontrará nuevas vías de investigación, conciliando la elegancia y el control con la fidelidad a los fenómenos naturales. Ello fue posible al desarrollar categorías más precisas para los procedimientos e insistiendo en la importancia del entrenamiento de los observadores.

A partir de 1917, Margaret Floy Washburn (1871-1939) inicia una serie de investigaciones sobre la influencia de los factores afectivos en la memoria. Estos estudios, realizados en el marco del *Vassar College*, una institución educativa sólo para mujeres, se prolongarían casi durante una década, contando con la colaboración de alumnas avanzadas. Washburn se preocupó por el lado subjetivo de la experiencia. El acceso a lo mental podía lograrse mediante autoinformes cuidadosamente controlados. Empezó

a utilizar un procedimiento inspirado en la metodología de Würzburg, basada en la *introspección sistemática*. Washburn combinaría técnicas usadas por Galton (1892) y Kowalewski (1904). Las alumnas del *Vassar College* participaban en los experimentos como sujetos. Se les ofrecía una palabra clave, de naturaleza emocional. Las participantes debían recordar una experiencia pasada, hasta recuperar la emoción en toda su intensidad. En ese momento hacían una señal y se registraba el tiempo de reacción (Baxter, Yamada y Washburn, 1917). Era más fácil recordar (a) cosas agradables que desagradables, (b) desagradables físicamente que mentalmente y (c) agradables mentalmente que físicamente agradables. En sus hipótesis, Washburn analizaba con finura la influencia social en las respuestas: lo desagradable físico se recordaba con mayor facilidad que lo desagradable mental, porque lo mental está relacionado con complejos y es suprimido. Es decir, lo que no se corresponde con la autoimagen del individuo permanece menos accesible. Por el contrario, lo físicamente agradable era más difícil de recuperar, porque, según Washburn, tales sensaciones podrían considerarse indecorosas.

En posteriores estudios Washburn, junto a su equipo (Washburn, Field y Wolf, 1923; Washburn, Deyo y Marks, 1924), intentó analizar la relación entre la intensidad de la emoción, la rapidez de recuperación y la lejanía del recuerdo. Estudió distintas emociones discretas. Estableció que la alegría era reactivada de forma más intensa, era recuperada con mayor rapidez y generaba mayores respuestas corporales, comparada con otras emociones. En general, encontró que hay una relación entre la intensidad de la emoción y la rapidez de recuperación, para recuerdos de alegría, pero no en ira y miedo. Las experiencias recuperadas de ira eran generalmente recientes, mientras las experiencias de miedo eran tempranas. Washburn supuso que la ira decae con facilidad. Por ello, en recuerdos lejanos, la sensación de revivir la ira era muy baja. Tales conclusiones suponían una réplica y una matización de las hipótesis de supresión de lo desagradable propuesta por Hollingworth. Las experiencias tempranas de miedo pueden tener una utilidad adaptativa, mientras la ira puede tener utilidad relacionada con objetivos circunstanciales. La persistencia o el olvido están al servicio de las necesidades del individuo. Coincidiendo con Henderson, Washburn profundiza en los mecanismos complejos de la memoria emocional, que no se pueden resumir en respuestas todo-nada, recuerdo-olvido, almacenamiento-supresión. Así, se podrían recordar experiencias originalmente negativas –un miedo infantil–, para aprender de sus consecuencias, minimizando el impacto emocional negativo. En sucesivas investigaciones, Washburn profundizó en el papel de distintas emociones (Washburn et al., 1924). Encontró que la vergüenza es recuperada desde fechas muy tempranas, con intensidad media y viveza realista. El orgullo se reactivaba con rapidez y con intensidad similar a la experiencia original, pero desde periodos cercanos. Confirmó que el miedo es recordado muy débilmente, desde edades tempranas, pero para revivir una experiencia intensa de miedo se requiere un lapso de tiempo más prolongado.

Observó que las respuestas podían ser moduladas por variables individuales. En sucesivos experimentos (Washburn et al., 1925), propondría utilizar su procedimiento como un test para diferenciar entre temperamentos *emocionales* o *flemáticos*. En este tipo de experimentos, clasificaba en primer lugar a los sujetos en emocionales o flemáticos, o en alegres y depresivos, basándose en autovaloraciones o valoraciones de sus compañeros. Después, sometía a estos sujetos a la palabra clave y se registraba si aparecía una idea placentera o desagradable. Utilizaba un galvanómetro para obtener un correlato fisiológico del estado afectivo de los participantes. A lo largo de este tipo de experimentos, Washburn describió la relación bidireccional entre la personalidad y la memoria. En primer lugar, describió el importante papel que la memoria emocional juega en la regulación del estado de ánimo, delineando el efecto de positividad: las emociones positivas, como la alegría, eran más accesibles. En segundo lugar, exploró en qué medida la memoria emocional está modulada por las diferencias de temperamento: las personas depresivas recuperaban con mayor rapidez recuerdos desagradables, mientras las alegres u optimistas tienden a un acceso más rápido al recuerdo de experiencias positivas. Sugirió una explicación tentativa basada en la participación del estado de ánimo como factor mediador:

Would a person in a gloomy mood or of a pessimistic temperament recall unpleasant experiences more quickly than a person in a cheerful mood or of an optimistic temperament? James's principle of «emotional congruity» as a determinant of association will be recalled in this connection. It might be suggested that a person in a gloomy frame of mind would have his reaction time to unpleasant recollections lengthened by the emotional disturbance they would occasion (Baxter, Yamada y Washburn, 1917, p. 156).

Posteriormente, el fruto de una amplia serie de estudios cristalizaría en una teoría global sobre la relación entre emoción y pensamiento, presentada en 1927, en el *symposium* de Wittenberg. Washburn (1928) parte de un principio angular, basándose en su teoría motora de la conciencia de 1916. La conciencia sólo puede definirse mediante las operaciones fisiológicas que la soportan, es decir, desde las pequeñas reacciones musculares que son activas e incipientemente inhibidas, de forma que, en lugar de respuestas, se mantienen como ensayos autopercebidos de respuestas. Esta autopercepción de una actividad muscular inhibida es el inicio de la conciencia y del pensamiento. La idea del pensamiento dirigido hacia un propósito o fin sólo puede objetivarse a partir de una actitud corporal interiorizada, persistente. Esta actitud puede hacerse patente a la introspección como una sensación de esfuerzo (Washburn, 1928), sensación relacionada con un conjunto estable y persistente de inervaciones. Washburn (1928) describió tal sensación interior como una especie de tensa quietud,

que proviene de un estado de inervación estática. Se trata de un movimiento inminente, detenido en centros nerviosos centrales. Desde el principio, Washburn había ubicado la génesis del pensamiento en el momento en que los receptores detectan estímulos en la distancia y puede detenerse la reacción inmediata. Esto permite al organismo planificar la respuesta, detener la continuidad automática entre estímulo y reacción.

Basándose en este tipo de argumentos, Washburn expone su teoría sobre la influencia de la emoción sobre el pensamiento. La interferencia entre ambos dependerá de los movimientos motores subyacentes. La emoción interfiere con el pensamiento sólo cuando los movimientos generados por la emoción son incompatibles con los movimientos y actitudes esenciales para el pensamiento. Para ello, considera necesario hacer un análisis de cada emoción específica y de los movimientos que provoca. La emoción puede potenciar los procesos de pensamiento, ya que el pensamiento tiene una base motora y por ello requiere una energía que puede ser suministrada por reacciones emocionales viscerales. Washburn (1928) se apoya en la idea de que el pensamiento dirigido hacia una meta se diferencia de la deriva aleatoria de imágenes en la conciencia. El proceso de pensamiento intencional exige una dirección afectiva relacionada con un motivo. Según su lógica, los movimientos subyacentes inhibidos son ensayados y exigen el mismo tipo de energía que los movimientos liberados por el estímulo. Por el contrario, si esta energía suministrada por la emoción decae, se produce una situación de fatiga, típicamente acompañada por la ausencia de todo pensamiento sistemático o dirigido. En todo momento, una actitud interna relacionada con la actividad soporta, mantiene, alimenta el flujo del pensamiento. Cuando esta actitud se detiene, cuando el organismo se relaja, la fatiga y la carencia de energía para continuar las contracciones musculares originan la falta de ideas. Como sugerimos más adelante, Washburn delinea aquí un modelo explicativo de la influencia de las emociones en la cognición.

Scarborough (1990) ha definido a Washburn como una psicóloga de corte mecanicista dualista, que ha recogido y articulado la herencia del funcionalismo y del conductismo, de la Gestalt, del estructuralismo y de la psicofisiología alemana filtrada por las prefiguraciones y metodologías de Würzburg. En Wittenberg, Washburn mostró que podía dar una explicación coherente de los procesos psicológicos superiores, y las conexiones entre emoción, atención, memoria y pensamiento. Esta hipótesis global fue presentada con un nivel cohesivo e integrador firmemente asentado en los aspectos corporales y fisiológicos que utilizaba como correlato explicativo. Al final, creía haber superado las limitaciones del estructuralismo, que descendía a un nivel de reduccionismo excesivo, que desnaturalizaba la experiencia y en el que no podía reconocerse ni reconstruirse la experiencia humana, la experiencia vivida. Frente a la imagen del mosaico que ofrecían Titchener y su estructuralismo, opuso la metáfora de la corriente constante de la vida, sobre la cual se condensa como una propiedad emergente el pensamiento, con características epifenoménicas.

## LA CONTRIBUCIÓN A LA MEMORIA DE EXPERIENCIAS EMOCIONALES

La constante labor experimental de Washburn le ha asegurado un lugar destacado en trabajos posteriores. Las investigaciones sobre la memoria afectiva en la década de los 20 y los 30 (Cason, 1932; Rapaport, 1942) recogen de forma exhaustiva los datos experimentales de Washburn y llegan a conclusiones convergentes. Sobre todo, Cason (1932) asumiría que existe un optimismo en la memoria de actividades afectivas, que las emociones se retienen y reproducen de forma eficiente y que los sentimientos presentes al recordar tienden a cambiar. Se confirma el hallazgo de Washburn de que la memoria registra hechos personalmente significativos. Pero la tendencia de las personas, subrayada por Cason, a sobreestimar la intensidad de las experiencias emocionales, sobre todo positivas, llevó a Rapaport (1942) a sugerir que, si bien se había establecido de forma clara la influencia de factores emocionales en la memoria, sería necesaria una investigación más rigurosa para delimitar el efecto de cada variable y para distinguir los efectos de la memoria de los juicios actuales.

En conjunto, la visión de la memoria propuesta por Washburn y Cason suponía un proceso activo y dinámico, cuyos contenidos son actualizados y modificados en función de distintos factores. El resultado final de la investigación, en los inicios del siglo xx, apuntaba, superando la visión de Hollingworth, a un sistema complejo y flexible de memoria personal, que sirve a los fines y deseos actuales del sujeto, a sus intereses sociales y a los requerimientos de cada emoción específica. De acuerdo con resultados de Washburn, hoy se investiga cómo la memoria personal puede recuperar distintos elementos emocionales, de forma variable según la situación. Esta concepción está presente en la memoria reconstructiva y adaptativa propuesta por Schacter (2012). La hipótesis de Schacter explica la flexibilidad de la memoria en función de un mecanismo de trazo distribuido entre múltiples regiones cerebrales, de forma que la reconstrucción de cada recuerdo exige reunir información de muy diversos tipos, espacial o sensorial, emocional o lingüística. En este sentido, podemos citar el párrafo final con el que Cason (1932) culmina su discusión de la experimentación sobre emoción y memoria, en el que plantea de forma clara una perspectiva de las complejas relaciones entre distintos niveles de análisis:

But there is now sufficient justification for believing that among the activities involved in the feelings and emotions, the physical commonly influence the physiological, the sensory commonly influence the visceral, the neurological commonly influence the chemical, the conscious commonly influence the verbal, etc.; the whole group of activities presenting such a complicated picture of the causal interrelation of organic and personal factors that contributions to the subject of feelings and emotions should be heartily welcomed from any

science that is involved, and research in any closely related field that will add to the total knowledge of the affectivities should be seriously encouraged (Cason, 1932, p. 91).

Por tanto, la contribución experimental y epistemológica para una teoría de la memoria personal quedó planteada entre 1930 y 1940. Se había sugerido que la memoria constituía un sistema que incluía múltiples conexiones entre muy distintos niveles de información. Pero esta línea quedó en suspenso, en espera de nuevos marcos teóricos integradores –armonías por las que Washburn lucharía largo tiempo– y nuevas técnicas de registro. Durante este periodo, Washburn aparecía como experimentalista reconocida y citada. De forma equivalente, Washburn ha sido recuperada por la bibliografía sobre emoción y memoria, a partir de los 80. En la mayoría de revisiones introductorias se parte de datos obtenidos por autores como Cason y Washburn, citándolos de forma explícita. ¿En qué medida los hallazgos experimentales de Washburn han contribuido a forjar las hipótesis actuales sobre la memoria emocional? Destacan algunas ideas relevantes: el efecto de *positividad*, la relación entre memoria emocional y temperamento, y su análisis de las emociones discretas.

En cuanto al efecto de *positividad*, Washburn exploró cómo las personas tienden a recuperar con mayor rapidez las vivencias positivas y ampliar esta experiencia emocional. Su caracterización de una memoria con tendencias positivas para garantizar la autoestima y la actitud proactiva en el contexto social ha sido recogida por Skowronski (2011). En cuanto a la relación entre la forma en que se reviven las emociones y el temperamento, Washburn partía de una idea de Ribot y Baldwin, que habían señalado que pueden ser revividas de forma muy diversa. Washburn relaciona estas formas con variables individuales. Hoy se ha profundizado en esta línea, analizando la relación entre personalidad, estado de ánimo y valencia del recuerdo, dadas las consecuencias para la regulación emocional y el bienestar que pueden producirse. A partir de esta idea, se han desarrollado distintas terapias en pacientes depresivos, buscando una recuperación más específica y ampliada de recuerdos emocionales positivos. Una tercera contribución de Washburn a una nueva mirada sería su análisis de emociones discretas como entidades diferenciadas –argumento básico de las teorías que ven la emoción como mecanismo que permite focalizar la información relevante para las metas (Levine y Edelstein, 2009)–, frente a la tendencia más simplificada, en su época, a dividir el campo de la emoción en dos planos, positivo y negativo. Este enfoque de análisis nos permite comprender los efectos de las emociones sobre la cognición, generando un filtro atencional específico en cada estado afectivo. Este efecto había sido prefigurado por Washburn, al apuntar cómo las emociones pueden potenciar algunos procesos cognitivos o inhibir determinadas cogniciones incompatibles. La salud bibliográfica de la Washburn experimentalista puede ser constatada mediante un simple rastreo

bibliométrico de citas. Identificar su presencia teórica exigirá una penetración más profunda, pues no abundan las referencias explícitas o los análisis detallados de su obra. Se requiere un corte preciso en el tejido historiográfico, delimitando en primer lugar su peculiaridad en el marco de su época y, en segundo lugar, radiografiando la silueta general de su pensamiento, proyectada, a través de los sucesivos estratos de hipótesis históricas, sobre la elaboración teórica contemporánea.

#### BALANCE TEÓRICO: LA CONEXIÓN A NIVEL CENTRAL

Antes de analizar la contribución teórica de Washburn a la relación entre emoción y cognición, resulta conveniente retomar la ubicación de sus ideas en el paisaje de principios de siglo, enfatizando en qué medida propicia avances e inaugura una mirada más equilibrada e integradora sobre los fenómenos. Epistemológicamente, Washburn había seguido la doctrina de Münsterberg (1914), que se esforzó en su magisterio por definir líneas fronterizas nítidas para la ciencia psicológica, frente a las veleidades filosóficas o espiritualistas, a veces del propio James. Cuando Münsterberg propone que los fenómenos conscientes no pueden considerarse causas psíquicas, pues nunca se dan procesos completamente conscientes, sino meros acompañantes de los procesos fisiológicos, está proponiendo una concepción de la conciencia paralela a la concepción de James de las emociones. Sobre esta base va a apoyarse Washburn:

I liked the theory of knowledge which he developed in his Grundzüge, that brilliant book which he never finished... [...]. He was a dualist but not an interactionist, a position which perfectly suited my own skepticism with regard to monism (Washburn, 1932, p. 344).

Washburn encontró en la posición de Münsterberg un camino a seguir, buscando en los procesos motores un referente preciso, un soporte registrable para objetivar los procesos superiores. Sin embargo, se aleja de la –a su juicio– débil explicación fisiológica de Münsterberg, puesto que centraba su análisis en el funcionamiento de las neuronas aisladas. La crítica a la mirada estructuralista podría haber llevado a Washburn a acogerse en la psicología funcionalista. Pero la vertiente filosófica de James le inspiraba desconfianza. Por tanto, James le proporciona, con su agudeza, una descripción razonable y realista de los fenómenos de la conciencia y, sobre todo, la emoción. Un ejemplo de este tipo de conexión científica con James lo encontramos en algunos de los primeros artículos (Washburn 1903, 1904). En estos trabajos iniciales, Washburn plantea sus hipótesis sobre los procesos superiores y su origen evolutivo, que pueden considerarse fruto de sus investigaciones sobre la sensación y los sentidos. Para Washburn (1904), la aparición y desarrollo de receptores que registran estímulos a distancia

permitía al animal retrasar la reacción inmediata, dejando un tiempo para incrementar el poder de la discriminación sensorial; este lapso temporal haría posible la aparición de la memoria, es decir, la retención de la información proveniente de estos procesos de análisis del estímulo. En estos años, Washburn se involucra en un trabajo teórico intenso, centrado en la elaboración de hipótesis. Se interesa por lo que denomina el punto de vista genético, por la evolución filogenética de los procesos:

At a symposium on the term 'feeling,' held at the 1905 meeting of the Association, I defined feeling as the unanalyzed and unlocalized portion of experience, and suggested that James's feelings of 'but' and 'if' might be the remnants of ancestral attitudes. James was present and approved of the idea (Washburn, 1932, p.348).

A partir de estas hipótesis evolutivas, Washburn vuelve a poner en marcha el ciclo de observación, experimentación y extracción de datos. La secuencia culminará con la publicación de obras sintéticas como *The Animal Mind*; o, tras un periodo igualmente fructífero de experimentación sobre las emociones, con la destilación del contenido teórico expuesto en *Movement and Mental Imagery* y en Wittenberg. Al examinar en conjunto su labor científica, resalta la coherencia de su pensamiento y la continuidad en su desarrollo. Washburn se centró en ejes motrices que trabajó de forma progresiva y tenaz, siguiendo sin vaivenes un rumbo metodológico y epistémico. Si asumimos que hacia el final de su carrera había completado en Wittenberg su teoría motora de la conciencia, involucrando los factores emocionales (Washburn, 1928), no olvidemos que el ciclo se había iniciado en sus artículos de 1903 y 1904, recién llegada al *Vassar College*. En éstos, ya se planteaba la idea de que los estados de conciencia con referentes sociales, por ejemplo la idea de que otro está sufriendo, tienen como base un proceso kinético, el impulso incipiente de ayudar a ese otro (Washburn, 1903).

Vista de este modo, la aportación de Washburn no sería un brote aislado, sino el afinamiento de un modelo teórico. Logró profundizar en las concepciones previas de Ribot y Münsterberg, para ofrecer un punto de vista más refinado sobre las conexiones entre procesos motores y procesos como la conciencia, la actividad asociativa, la memoria y la construcción de nuevas ideas. Como piedras angulares, que revelan su originalidad, destacaremos dos influyentes ideas: (a) la conexión entre substratos motores y niveles centrales de activación, y (b) sus hipótesis sobre la influencia de la emoción en la cognición. La primera idea aparece destacada por Washburn (con cursivas nuestras) en la introducción a *Movement and Mental Imagery*:

The points where I have departed most from what is generally recognized as orthodox psychological doctrine are perhaps *the theory regarding the physiological basis of central excitation*, and the attempt to utilize, as actual causal mechanisms,



certain motor processes which have been neglected by psychological theory as mere incidental phenomena. The most important of these neglected motor processes are *the slight actual muscular contractions which accompany all attentive consciousness and are the basis, I believe, of all associative activity*. Another motor process to which I have assigned a leading function is the attitude of activity or strain characteristic of strong attention, which I believe actually constitutes the essence of a problem idea (Washburn, 1916, p. 14).

Aquí Washburn enfatiza la conexión entre elementos motores, activación central y conciencia. En esta concepción central, pensamos que puede detectarse, en estado embrionario, una visión del cerebro como un sistema integrado de redes, más que un conjunto de módulos independientes. Los modelos cognitivos de la emoción –que conciben las emociones como parte de una red, que conecta información motora, conceptual y afectiva– tienen un antecedente claro en tal visión de la psicología, en este *zeitgeist* dibujado por Washburn. Toda su obra podría describirse como un intento de investigar la relación entre los movimientos, las sensaciones cinestésicas y kinéticas, y la génesis de los procesos de pensamiento. Para tales tanteos, Washburn carecía de un instrumento conceptual que luego ha sido decisivo en la configuración de los modelos conexionistas, el concepto de *esquema*.

En cuanto a la segunda idea, la mirada de Washburn sobre la relación entre emoción y cognición, tal como fue presentada en Wittenberg, alumbra un punto de vista común a una parte de la investigación actual. Las emociones potencian los procesos cognitivos y funcionan como un filtro, dirigiendo el procesamiento cognitivo en una dirección adaptativa, relacionada con objetivos del individuo.

## CONCLUSIONES: THE POINT OF VIEW INTO MY BLOOD

En los años 30, la investigación en el área de la emoción y la memoria continuaría su florecimiento, enriqueciéndose con revisiones y estudios aplicados a la educación o la publicidad, así como nuevas discusiones teóricas sobre el papel de la valencia afectiva en la memoria. Se crearon y perfeccionaron procedimientos experimentales, se afilaron las hipótesis y se discutieron problemas, carencias y nuevas líneas de investigación. Podemos destacar que durante estas tres décadas un campo de investigación, centrado en la relación entre memoria y emoción, se había desarrollado y consolidado.

En este contexto, fueron examinadas por parte de Margaret Washburn algunas cuestiones que están en la base de la investigación actual sobre emoción y memoria, como a) la función adaptativa de las emociones, b) las diferencias individuales en el procesamiento emocional, c) el efecto de *positividad*, o d) la relación entre autorregulación y memoria. Washburn planteó de forma temprana que las emociones no son

fuerzas desintegradoras –tal como eran vistas a nivel popular–, sino vectores adaptativos en sentido darwiniano, que contribuyen a responder con eficacia a los problemas del entorno, suministrando energía para el pensamiento. Sus ideas sobre la influencia de la personalidad en la memoria, generando la mayor accesibilidad de determinados recuerdos, pueden considerarse precursoras de planteamientos actuales que relacionan cierto tipo de personalidad y tendencias a la recuperación selectiva de contenidos negativos, asociados a procesos de rumiación. En los sucesivos experimentos llegó a comprobar que distintos tipos de emociones o tipos de hechos se recuperan con mayor facilidad, contribuyendo a regular el estado afectivo de los individuos e incrementando su eficacia social. Tales hallazgos alimentaron el corazón profundamente experimentalista de Washburn, y así se referiría a ellos con orgullo. Frente a otras concepciones cuantitativas centradas en la capacidad de la memoria, desde esta línea de investigación se enfatizaron las cuestiones relacionadas con el funcionamiento de la memoria en la vida diaria. Así, fueron exploradas las distorsiones de la memoria emocional, concibiéndola como sistema flexible que ayuda a los individuos a relacionarse socialmente, mantener una identidad positiva y guiar la conducta. Así, llegaría a describir de forma precisa el efecto de *positividad* y su contribución al equilibrio afectivo y a la mejora del autoconcepto. Tal sería uno de esos logros brillantes que, como Martin (1940) señaló apenas un año después de la muerte de Washburn, permanecían «ocultos» en su amplia obra experimental.

Finalmente, podríamos plantear la cuestión de por qué razón estos experimentos sobre emociones revividas, ahora recobrados en la literatura científica sobre emoción y memoria, han ocupado un segundo o tercer plano en la producción de Washburn, tras su celebrado manual sobre la mente animal o su teoría motora de la conciencia. ¿Por qué ocuparon apenas unas pocas líneas en sus valoraciones biográficas o autobiográficas? La respuesta tiene que ver con un fenómeno paralelo. La floreciente investigación anglosajona sobre emoción y memoria a lo largo de los primeros 30 años del siglo xx, fue paulatinamente apagándose a partir de los años 40.

Más globalmente, se podría sugerir una explicación del relativo ensombrecimiento de Washburn. Siguiendo el planteamiento utilizado por Wozniak (2004) con Baldwin, podemos analizar los factores sociales y sociohistóricos. En el ámbito social, Washburn logró el aprecio de sus alumnas del *Vassar* y de sus colegas científicos, cimentado en su sólido trabajo. Por este lado, su labor se vio recompensada con un volumen recopilatorio en el *American Journal of Psychology*, después de 33 años de dedicación y alrededor de 70 artículos publicados (Dallenbach, 1940). Sin embargo, la brillante carrera de Washburn no se vio recompensada con un puesto académico de prestigio en una universidad (véase García-Dauder, 2005), con lo que el acceso a un auditorio más amplio y diverso se vio restringido. De alguna forma, sería vista como una psicóloga *experimentalista*, por lo que sus contribuciones teóricas no recibieron crédito por

parte de colegas influyentes. Respecto al efecto de *causa perdida*, podría proponerse si no fue injustamente minusvalorada como teórica. García-Dauder (2005) apunta un episodio. En una de las pocas ocasiones en que pierde su templanza, Washburn se queja de forma amarga: John B. Watson está retrasando uno de sus trabajos. En otra ocasión logra mantener su flema, cuando discutía con Köhler (Washburn, 1930). Ante un intento de Washburn de explicar un fenómeno perceptivo, Köhler le replicó que no era necesario explicarlo, sino describirlo. Con humor, Washburn confiesa sentirse aliviada, pues había esperado que Köhler le dijera: la Gestalt ya ofrece una explicación, pero Miss Washburn es incapaz de comprenderla. Pero Washburn no cesaría en su empeño por explicar, y por hacerlo desde marcos teóricos integradores, armónicos (véase Viney y Burlingame-Lee, 2003).

Por este motivo, tal vez el factor más decisivo en el plano sociohistórico sería lo que Wozniak (2004) ha llamado el *efecto pendular*. En la confrontación entre el estructuralismo y el funcionalismo, Washburn se aleja del primero, pero no se acoge al paraguas del segundo. Cuando Watson propone la eliminación de las imágenes mentales y la conciencia de la ecuación psicológica, Washburn defiende enérgicamente su postura y los beneficios de la introspección para cualquier investigación psicológica, incluso desde la perspectiva conductista. Argumenta que la introspección rigurosa puede arrojar luz sobre procesos difícilmente accesibles; y que plantea problemas similares a la observación en física. Pretende trazar una vía intermedia que permita enlazar el estructuralismo y el conductismo. Sin embargo, al defender su punto de vista frente a Watson, por segunda vez quedaba fuera de fase: el movimiento pendular se caracteriza por oscilar desde un extremo al otro, mientras se disuelven las posturas más matizadas y equilibradas. Una curiosidad final —que ilustra cómo veían el cambio de fase sus protagonistas— reside en el hecho de que Tolman participó en la investigación sobre la influencia del tono afectivo. En uno de los primeros artículos que publicó, concluía que las palabras desagradables generaban asociaciones con tiempos de reacción más largos, frente al rápido acceso de las agradables (Tolman y Johnson, 1918). Más tarde, Tolman, en sus notas biográficas, diría que empezó trabajando en problemas *pre-conductistas* porque «...the behavioristic point of view had not yet really got into my blood» (Ritchie, 1964, p.302). Desde el principio hasta el final, el punto de vista interiorizado por Washburn había sido partir de la experiencia —como James— para terminar explicando la experiencia, anclándola en un substrato motor y fisiológico.

De forma tentativa, podemos citar un principio que han apuntado Cohen y Blanco (2012), cuando resumen su perspectiva genealógica para la historiografía de la psicología: «...el hecho de que toda historia de la psicología pensable es, necesariamente, la construcción de una determinada trama de acontecimientos ordenados de acuerdo con ciertos supuestos teóricos, éticos, etc., es decir, que es un relato de entre los muchos posibles y pensables...» (p. 95). En aplicación de este principio, podemos

decir que el relato elegido a mediados del siglo xx, entre los muchos posibles, se apartó de la categoría de relato sobre la relación entre emoción y cognición, y pronto desaparecerían las hipótesis sobre la conciencia. Podemos, en cambio, recuperar sus ideas a finales del siglo xx y principios del XXI porque el relato –el hilo argumental que es trenzado por la dimensión teórica del conocimiento actual– vuelve a tratar sobre la emoción, la memoria o la conciencia.

#### REFERENCIAS

- Baldwin, J. M. (1909). La memoire affective et l'art. *Revue Philosophique de la France et de l'Étranger*, 67, 449-460.
- Baldwin, J. M. (1906). *Thought and things; a study of the development and meaning of thought; or, genetic logic*. London, United Kingdom: Swan, Sonnenschein & C°.
- Baldwin, J. M. (1930). Autobiography of James Mark Baldwin. En C. Murchison (Ed.), *History of Psychology in Autobiography* (pp. 1-30). Worcester, MA: Clark University Press.
- Baxter, M. F., Yamada, K. y Washburn, M. F. (1917). Minor studies from the psychological laboratory of Vassar College: Directed recall of pleasant and unpleasant experiences. *American Journal of Psychology*, 28, 155-157.
- Boring, E. (1929). *A history of experimental psychology*. New York, NY: Appleton-Century-Crofts.
- Cason, H. (1932). The learning and retention of pleasant and unpleasant activities. *Archives of Psychology*, 134, 1-96.
- Cohen, M. A. y Blanco, F. (2012). Relevancia de la Segunda Consideración Intempestiva de F. Nietzsche para la historiografía de la psicología. *Revista de Historia de la Psicología*, 33(2), 81-96.
- Dallenbach, K. M. (1940). Margaret Floy Washburn (1871-1939). *American Journal of Psychology*, 53, 1-5.
- Delacroix, H. (1902). L'art et la vie intérieure. *Revue de Métaphysique et de Morale*, 10, 164-183.
- Delacroix, H. (1931). La mémoire affective. *Journal de Psychologie Normale et Pathologique*, 28, 321-344.
- Henderson, E. N. (1911). Do we forget the disagreeable? *Journal of Philosophy, Psychology and Scientific Methods*, 8, 432-437.
- Hollingworth, H. L. (1910). The Oblivescence of the Disagreeable. *Journal of Philosophy, Psychology and Scientific Methods*, 7, 709-714.
- Galton, F. (1892). Psychometric experiments. *Brain*, 2, 149-162.
- García-Dauder, S. (2005). *Psicología y feminismo. Historia olvidada de las mujeres pioneras en psicología*. Madrid, España: Narcea.

- Gordon, K. (1905) Über das Gedächtnis für affektiv bestimmte Eindrücke. *Archiv für die gesamte Psychologie*, 4, 437-458.
- James, W. (1890). *The Principles of Psychology*. New York, NY: Henry Holt.
- Jones, E. (1915). The theory of repression in its relation to memory. *British Journal of Psychology*, 8, 33-47.
- Kowalewski, A. (1904). Studien zur Psychologie des Pessimismus. *Grenzfragen des Nerven- und Seelenlebens*, 4, 100-122.
- Levine, L. J., y Edelstein, R. S. (2009). Emotion and memory narrowing: A review and goal relevance approach. *Cognition and Emotion*, 23, 833-875.
- Loredo, J. C y Sánchez, J. C. (2004). El pancalismo de James Mark Baldwin. *Estética, Psicología y Constructivismo. Estudios de Psicología*, 25, 315-329.
- Martin, M. F. (1940). The Psychological Contributions of Margaret Floy Washburn. *The American Journal of Psychology*, 53, 7-18.
- Münsterberg, H. (1914). *Psychology and social sanity*. New York, NY: Doubleday.
- Pear, T. H. (1922). *Remembering and Forgetting*. London, United Kingdom: Methuen And Company.
- Pizarroso, N. y Cabanas, E. (2012). La obra de John Dewey contada por Henri Delacroix. Notas para una revisión de la recepción del pragmatismo en Francia. *Revista de Historia de la Psicología*, 33(4), 75-96.
- Pizarroso, N. y Fruteau, F. (2004). Henri Delacroix (1873-1937): Hacia una psicología de las formas simbólicas. *Revista de Historia de la Psicología*, 25(4), 129-140.
- Rapaport, D. (1942). *Emotions and Memory*. New York, NY: Science Editions.
- Ribot, Th. (1894). Recherches sur la mémoire affective. *Revue Philosophique de la France et de l'Étranger*, 38, 376-401.
- Ribot, Th. (1897). *The psychology of the emotions*. London, United Kingdom: Walter Scott Publishing.
- Ribot, Th. (1907). La mémoire affective: Nouvelles remarques. *Revue Philosophique de la France et de l'Étranger*, 64, 588-613.
- Ritchie, B. F. (1964). *Edward Chace Tolman*. New York, NY: Columbia Univ. Press.
- Titchener, E. B. (1895). Affective memory, *The Philosophical Review*, 4, 65-76.
- Tolman, E. C. y Johnson, I. (1918). A note on association-time and feeling. *American Journal of Psychology*, 29, 187-195.
- Skowronski, J. J. (2011). The positivity bias and the fading affect bias in autobiographical memory: A self-motives perspective. En Alicke, M. D y C. Sedikides (Eds.), *Handbook of self-enhancement and self-protection* (pp. 211-231). New York, NY: Guilford Press.
- Schacter, D. L. (2012). Adaptive Constructive Processes and the future of Memory. *American Psychologist*, 67, 603-613.
- Scarborough, E. y Furumoto, L. (1987). *Untold lives: The first generation of American women psychologists*. New York, NY: Columbia University Press.

- Scarborough, E. (1990). Margaret Floy Washburn. En O'Connell, A. G. y Russo, N. F. (Eds.), *Women in psychology: A bio-bibliographic source book* (pp.342-349). Westport, CN: Greenwood Press, Inc.
- Viney, W. y Burlingame-Lee, L. (2003). Margaret Floy Washburn: A quest for the harmonies in the context of a rigorous scientific framework. En G. A. Kimble y M. Wertheimer (Eds.), *Portraits of pioneers in psychology* (Vol. 5, pp. 73-88). Mahwah, NJ: Erlbaum.
- Washburn, M. F. (1903). The genetic function of movement and organic sensations for social consciousness. *American Journal of Psychology*, 14, 73-78.
- Washburn, M. F. (1904). A Factor in Mental Development. *The Philosophical Review*, 13, 622-626.
- Washburn, M. F. (1908). *The animal mind: A textbook of comparative psychology*. New York, NY: Macmillan.
- Washburn, M. F. (1916). *Movement and mental imagery: Outlines of a motor theory of the complex mental process*. Boston, MA: Houghton Mifflin.
- Washburn, M. F. (1928). Emotion and thought: A motor theory of their relations. En M. L. Reymert (Ed.), *Feelings and emotions: The Wittenberg Symposium* (pp. 104-115). Worcester, MA: Clark University Press.
- Washburn, M. F. (1932). Some recollection. En C. Murchison (Ed.), *A history of psychology in autobiography* (pp. 333-358). Worcester, MA: Clark University Press.
- Washburn, M. F., Deyo, D. y Marks, D. (1924). A Further Study of Revived Emotions. *American Journal of Psychology*, 35, 113-120.
- Washburn, M. F., Field, R. y Wolf, E. D. (1923). A Study of Revived Emotions. *American Journal of Psychology*, 34, 99-103.
- Washburn, M. F., Giang, F., Ives, M. y Pollock, M. (1925). Memory revival of emotions as a test of emotional and phlegmatic temperaments. *American Journal of Psychology*, 36, 456-459.
- Woodworth, R. S. (1948). Biographical Memoir of Margaret Floy Washburn. *National Academy of Sciences Biographical Memoirs*, 25, 275-295.
- Wozniak, R. H. (2004). Lost classics and forgotten contributors: James Mark Baldwin as a case study in the disappearance and rediscovery of ideas. En T.C. Dalton y R.B. Evans (Eds.), *The Life Cycle of Psychological Ideas. Understanding Prominence and the Dynamics of Intellectual Change* (pp.33-58). New York, NY: Kluwer Academic/Plenum.

Artículo recibido: 29-05-13

Artículo aceptado: 29-07-13